

El trabajo de la lengua

ANA GOUTMAN

Resumen

En este artículo la autora reflexiona sobre la actualidad de la lingüística a través de la relación que ésta sostiene con las ciencias sociales. Asimismo, se desarrolla el tema de la llamada "tercera lingüística", cuyo campo no es el del mensaje o el contexto sino el de la enunciación, por lo que también se le conoce con este último nombre. A fin de ejemplificarla, la autora utiliza algunos de los más relevantes textos de uno de los maestros de la lingüística francesa: Oswald Ducrot. Se aborda la distribución de los papeles y los campos de trabajo de las ciencias del lenguaje y los de la comunicación e informática.

Abstract

This article revises and rethinks the present relevance of linguistics through its interaction with the social sciences. It develops, likewise, the topic of the so-called "third linguistics", the field of which is no longer that of the message or the context but rather of the enunciation, whose name is also often adopted by this current. In order to exemplify, the author relies upon some of the most relevant texts of one of the great masters of French linguistics: Oswald Ducrot. The article touches upon the distribution of the roles and the fields of work of the sciences of language and the rise of communication and informatics.

La actividad lingüística es, por sí misma, eminentemente social, con independencia de si desemboca o no en la emisión de un discurso. De ello se infiere que dicha actividad tiene una historia del desarrollo de sus relaciones con otras disciplinas de las ciencias sociales. Desde este punto de vista, el discurso político, resultado de una actividad social, se halla justamente en el centro de las preocupaciones de los lingüistas, ocupados en estudiar la lengua.

La unidad profunda entre lo lingüístico y lo extralingüístico radica en el encuentro que cada una de las ciencias sociales tiene con el lenguaje, ese elemento "detrás" que es tan mal conocido. Por lo

general se descubren orientaciones en la investigación que aparentemente nos alejan del objeto de estudio y ello lleva a cuestionar: ¿qué coyunturas nos han empujado hacia la atención de la lengua?

En primer lugar, los nuevos modos de lectura que dieron un lugar de primacía a la lingüística al permitir distinguir, en una masa de documentos, sus recurrencias, variaciones y proximidades en la época del estructuralismo (de Lévi-Strauss, Roland Barthes y Althusser a Lacan).

En segundo lugar, la colaboración de los historiadores con los lingüistas, iniciada con la publicación del libro *Histoire et linguistique* de Régine Robin, lo que condujo a una modificación del comportamiento de los primeros con respecto a la temática de la lengua. La parte esencial de esta obra ha sido dedicada por la autora al análisis del discurso. De este trabajo interdisciplinario surgió el interés por la historia de las mentalidades y por las representaciones y trabajos sobre el discurso.

Como historiadora, R. Robin siguió un método que consistió en escoger *corpus* determinados sobre los cuales se aplicarían procedimientos de descripción, pedidos en préstamo a la lingüística estructural y/o a la narratología. Asimismo, el conocimiento y la aplicación del método de Harris tanto como las lecturas de Roland Barthes, Emile Benveniste y Gérard Genette, introdujeron la descripción de estrategias discursivas propias con objeto de precisar lo que está en juego en ciertos debates historiográficos.

En 1978, la enciclopedia de la *Nouvelle histoire* confirmó la existencia de un diálogo entre el lingüista y el historiador al publicar la voz *Langage*, redactada por Denise Maldidier y Jacques Guilhaumou.

Sin embargo, los historiadores se habían quedado desanimados por la mezcla de técnicas, cuyo aprendizaje era azaroso, y un procedimiento restringido en materia de selección del *corpus*, mismo que estuvo basado en el juicio de un saber totalmente copiado de la historiografía.

No obstante, son justamente estas y otras desventuras las que han renovado el trabajo sobre el análisis del discurso enfatizando en el problema del *corpus* más que en la metodología. En la etapa de la selección de los documentos que servirán al investigador, el acento se ha puesto más sobre la *materialidad* de la lengua que en el

elemento discursivo del archivo —según fórmula de Michel Pêcheux— cuestión que podría congeniar con la aproximación a los funcionamientos lingüísticos inscritos en la historicidad, más cercana ésta a la preocupación que Denise Maldidier encontrara en los lingüistas.¹

Hoy en día, un nuevo manifiesto de acuerdos se elabora entre el historiador del discurso y el lingüista, porque el porvenir del análisis del discurso —de acuerdo con Guilhaumou— depende de su inserción en las *ciencias del lenguaje* no disociadas de su historicidad. No se trata de falsificar esa historia, ya que una historia epistemológicamente fundada en el análisis del discurso no puede “rodear” su propio archivo. Además, la memoria del archivo de un análisis de este tipo está ligada, desde siempre, al debate político.

En síntesis, toda investigación en lingüística supone la constitución de un objeto lingüístico y dicho objeto se diferencia según los puntos de vista y la actividad de toda lengua, la cual se presenta en dos formas: la del *corpus* y la de los ejemplos. Formas que, además, no son contradictorias entre sí.

Ahora bien, el dominio tradicional de la lingüística, así como de las artes y la literatura, es patrimonio de las llamadas “ciencias del lenguaje”, que comparten un rasgo común: el estudio formal de los sistemas de signos o sistemas simbólicos como los de comunicación, significación y expresión. Tres vías que delimitan este territorio tan específico del conocimiento lingüístico y que a la vez circunscriben espacios particulares debido a que cada sector usa signos que llamamos formas simbólicas.

¿Por qué la actualidad de la lingüística? Pensar hoy la lingüística invita a internarse en un núcleo de cuestiones que tienen que ver con la búsqueda de un sistema que ya no puede ser “cerrado, axiomático e inmanente”, sino acorde con una ciencia que mantiene relaciones con su medio enunciativo. Cuando un lingüista trabaja sobre una lengua estudia los posibles significados de un enunciado y con ello registra un dato. Pero lo que la experiencia registra, sin embargo, no es el enunciado en sí sino las ocurrencias posibles del mismo en las diversas situaciones donde se utiliza. Allí reside la

¹ Véase D. Maldidier, “L’inquiétude du discours, un trajet dans l’histoire de l’analyse du discours: le travail de Michel Pêcheux”, en *Semen Configurations Discursives, Annales Littéraires de Bensaçon*, París, Les Belles Lettres, 1993.

problemática: el estudioso debe decidir cuál es la significación del enunciado fuera de su uso posible y con ello sobrepasar el terreno de la experiencia y formular una hipótesis que necesita ser justificada.

La lingüística contemporánea comprende una infinita variedad de relaciones, cuestión que se abordará más adelante cuando se señale la medida de tal diversidad, así como la de los problemas y apuestas aproximativas.

Si el sistema cerrado de una lingüística que se basta a sí misma deja el lugar a un tipo de comunicación basado en los actos de la lengua, ello se debe a que las convenciones propias de esta disciplina, como la semántica, aparecen tanto en los actos de lenguaje como en las maneras de realizarlos.

Es necesario tener en cuenta, no obstante, que las distintas significaciones de los actos de la lengua no son solamente técnicas, es decir, no sólo se presentan como variaciones de la palabra sino que se relacionan con una base intuitiva que responde a un cuadro teórico a partir del cual y con el cual se organizan los actos de la lengua y la idea de acción. En otras palabras: nada está librado al azar; cada cambio reestructura la teoría.

Las diversas teorías del lenguaje son la prueba de la existencia de tal fundación, porque la actividad del lenguaje "lleva a hacer de la lengua un conjunto de posibilidades representacionales". Esto quiere decir que hay una relación entre lenguaje y lengua y que cada estudioso del tema del lenguaje establece o encuentra una manera diferente según la teoría que sustenta. Dicho de otra manera: cada lengua constituye un sistema (el español, el francés, el árabe, etcétera) con una actividad representacional propia y restrictiva que se integra, por obra de cada investigador, en una teoría como proceso global de la comunicación.

La lingüística fue considerada como la "ciencia piloto" de las ciencias humanas a causa de la preminencia del estructuralismo, que se extendió a partir de ella en los años sesenta. Actualmente nos encontramos con una variedad de teorías y al mismo tiempo con una suerte de disolución de las fronteras de esta disciplina a causa de su apertura hacia problemáticas recién descubiertas como, por ejemplo, el sentido y la actividad del lenguaje, tema de por sí bastante complejo.

Si bien es cierto que nadie duda de la complejidad y menos aún de la diversidad de la tarea de la lingüística —abordar el lenguaje a través del estudio de las lenguas— no es menos reconocido el hecho de que también otras disciplinas se ocupan de la misma temática desde la perspectiva de la adquisición o de las operaciones subyacentes del pensamiento en la actividad del lenguaje. Así tenemos, por ejemplo: los estudios neurológicos que se aplican a las disfunciones; la inteligencia artificial que se interesa por el tratamiento automático de la generación de textos; la traducción o la comprensión; las representaciones colectivas manifestadas por el lenguaje; la literatura; el psicoanálisis, etcétera.

Decir lengua, pues, es referirse a un sistema especializado donde cada una de ellas, así como sus teorías, tienen una organización diferente. El estructuralismo, por ejemplo, atiende principalmente a “las formas”, es decir, a la morfosintaxis y tiene cierta tendencia a desentenderse de los fenómenos de sentido fuera del campo de la lingüística.

La lingüística científica, por su lado, ha conquistado su cientificidad al precio de la “objetividad” de la lengua acuñando en la “palabra” las presencia del sujeto y de la variación de sentido. En este punto, los gramáticos formales ponen atención a la gramática generativo-transformacional —que retiene también la perspectiva estructuralista— donde la lengua es gramática: un juego de reglas sobre las formas (masculino, femenino, singular, plural) y los hechos de *performance* distinguidos de las reglas de competencia.

En cuanto a las corrientes formalistas que se desentienden del estructuralismo de manera tajante (de hecho, esta renuncia es su acta de nacimiento), están interesadas en elaborar una gramática universal y no aceptan la problemática de la distinción de lenguas, pues retoman la clásica preocupación que representó el uso del latín —reemplazado ahora por el inglés— como idioma prototipo, justamente en una época en que se pretendía controlar el mundo conocido. Este trabajo tiene un aspecto positivo y otro negativo. El primero es asumido como una necesidad de rigor y de coherencia, pero justamente en este mismo contexto los hechos de la lengua parecen no existir —pues sólo se reconocen como medida o marca para el formalismo—, lo que define a la empresa de manera negativa. Se tiene aquí una especie de procedimiento circular que

por un lado enuncia lo que valida la teoría y, por el otro, reitera y recupera a la vez los datos que la constituyen.

Si bien la teoría es una herramienta indispensable para organizar los hechos, sean de la lengua o de cualquier otro campo de la realidad, los formalistas soslayan el peligro que se puede correr al reunir datos totalmente dependientes del formalismo teórico.

Es oportuno afirmar que este tipo de empresas formalizantes o formalizadoras no difieren entre sí, cualquiera sea el objeto al que se aplican. Se trata de encontrar un equilibrio entre el empirismo de una actitud de observación y descripción de la lengua, cuyos límites son evidentes, y la proliferación de teorías del lenguaje. Este equilibrio es, por lo demás, la meta de la lingüística, así como de todas las ciencias sociales.

Tal postura es expresada justamente por Antonio Culioli, quien trabaja con un metalenguaje lingüístico y realiza un ir y venir constante de la observación a la creación teórica y viceversa.

Para mi concepción —dice Culioli— sintaxis, semántica y pragmática no se separan; cada una ilumina a la otra en el análisis de la lengua. Toda reflexión sobre la lengua debe tener, en todo momento, la atención sobre las tres posibilidades o puntos de vista. Ésa es la diferencia que existe entre mi teoría y la de los demás.

El lingüista Oswald Ducrot propone, a su vez, que se lean y discutan los trabajos realizados en Francia y en otros países como, por ejemplo, la teoría cognoscitiva, la chomskiana, la investigación que realiza Dan Sperber en Estados Unidos o la del mismo Antonio Culioli, pues las teorías que cada uno de ellos elabora nacen de diferentes fuentes según la formación de los estudiosos. Este trabajo crítico hará posible enriquecer el conocimiento de tal manera que contribuya a dejar atrás los postulados ya obsoletos así como el trabajo aislado de cada grupo.²

La hipótesis que en este escrito se formula concibe a la lengua como un sistema de signos que se integra a una teoría que es, a su

² Véase O. Ducrot *et al.*, *Les mots du discours*, París, Minuit, 1980.

vez, conocida como proceso global de la comunicación. De ser así, ¿cuál es su especificidad?

Si la lingüística estudia el lenguaje a través de las lenguas, la especificidad de cada teórico reside en el análisis de la articulación del funcionamiento de estos dos elementos. La expresión *langage* no se distingue de la de *lengua*, de aquí que se haga necesario producir otro término: *lenguas naturales*—equivalente al de *lengua* en los países no sajones—, distintas a las formalizables o formalizadas y a los lenguajes de programación.

A pesar de las dificultades, la reflexión lingüística avanza hacia un verdadero modelo de la actividad del lenguaje retenida a través de los “sistemas lingüísticos” característicos de los lingüistas posestructuralistas que aspiran a trabajar con operaciones en vez de hacerlo con categorías, como si fueran etiquetas.

Dos grandes corrientes se desarrollan en el campo enunciativo de la lingüística: la llamada enunciativa en sentido estricto, y la pragmática. Ambas tienen historias distintas y sus objetivos son también diferentes, pero hay, sin embargo, un cierto número de coincidencias entre ellas. El punto de partida de estas investigaciones se encuentra en un artículo de Emile Benveniste, “El aparato formal de la enunciación”,³ donde el autor se cuestiona: “¿Qué es la enunciación?”, y responde: “es la puesta en funcionamiento de la lengua por un acto individual de apropiación”.⁴ La concepción de la lingüística que delimitaba su campo en la frontera trazada por Saussure entre lengua y habla, es decididamente desplazada por Benveniste, pues su trabajo establece la distinción entre las condiciones de empleo de las formas que no son idénticas a las condiciones de empleo de la lengua.

No es difícil reconocer que el campo enunciativo fue un área poco investigada por lingüistas estructuralistas y formalistas, pues se consideraba un fenómeno inaccesible y poco adaptable al estudio científico, más ocupado de lo general. El haber reconocido a la lengua en oposición a la palabra —según Saussure— o la competencia en oposición al *performance* —de acuerdo con Chomsky—

³ E. Benveniste, “El aparato formal de la enunciación”, en *Problemas de la lingüística general*, México, Siglo XXI Editores, 1979.

⁴ *Ibid.*, p. 82.

marcó y rompió muchos límites. Lo único que tenemos es la lengua y su funcionamiento efectivo.

La corriente enunciativo-pragmática surgió en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania y está inspirada en los gramáticos neo-estructuralistas europeos en sus estudios sobre el francés. De origen lógico-filosófico, reviste gran heterogeneidad e inestabilidad, además de estar marcada por los aires de la moda.

Si se acepta que la lengua es un acto de producción realizado por sujetos en situaciones dadas a propósito de un referente real o imaginario, entonces debe estar claro que tal acto desborda largamente el campo de la lingüística.

La articulación entre las producciones "linguísticas" (*langagières*), sus productores y el mundo, compromete a disciplinas como la psicología, el psicoanálisis, la sociología, las teorías literarias y otras. Los antecedentes de las teorías enunciativas participan de los tres campos tradicionales de reflexión sobre el lenguaje: la retórica, la gramática y la lógica. Así se explica la abundancia actual de los estudios del campo enunciativo-pragmático, mismos que cuentan con variados fundamentos teóricos, a veces contradictorios, y con metodologías inciertas.

La corriente enunciativa gramatical no se interesa en los referentes extralingüísticos sino en los términos que la lengua utiliza en el acto mismo de enunciación. Busca los trazos de la inscripción en el sistema de la lengua, de sus condiciones de utilización. Dos categorías enunciativas son los temas de investigación de esta corriente: los indicadores y las modalidades.

Los índices (*indiciels*) o *detxis*, son reconocidos desde la Antigüedad como elementos que adquieren un valor determinado exclusivamente por el uso momentáneo que les confiere la producción del enunciado donde aparecen. Citemos por caso el vocablo "yo", que se refiere a la persona que asume en una enunciación particular el papel de emisor del enunciado. Cuando otro sujeto dice a su vez "yo", el primer locutor aparece entonces como "tú". Este fenómeno puede parecer banal porque nos es familiar, pero la reflexión muestra que la naturaleza del "yo" y el "tú" es muy particular ya que no se dirige ni a un concepto ni a un individuo, como dice Benveniste, sino que permite a cada uno situarse como sujeto en el discurso en relación con un destinatario.

Lejos de ser unidades aisladas, estos términos forman un verdadero sistema: el de los indicadores o *indiciels*, donde la persona, los tiempos verbales y el presente, por coincidencia con el momento de enunciación, constituyen el origen de nuestro punto de referencia en la temporalidad. Pero también están las temporalidades circunstanciales (“ahora”, “mañana”, etcétera) y la localización espacial (“aquí”, es decir, donde yo estoy, en esta aula, donde me encuentro, etcétera) que permiten igualmente anclar el enunciado en una situación de enunciación en relación con el yo, al aquí y al ahora del locutor, y asignar valores referenciales, como dice Culliolli. Hay, además, *deixis* indicadora —que designa un elemento de situación— y anafórica —que refiere un elemento de contexto—: esto, eso, aquello.

La enunciación es, además, como dice Benveniste, directamente responsable de ciertas clases de signos a través de los cuales promueve literalmente su existencia, permitiendo al locutor apropiarse de la lengua para convertirla en discurso y enunciar su posición de comunicar por medio de este conjunto de signos particulares que constituyen “el aparato formal de la enunciación”.

Más allá de estas formas que constituyen la lengua, la enunciación también facilita o proporciona al locutor los medios y las modalidades para situarse en relación con el contenido de su enunciado. Esta toma de posición del enunciadador frente a su enunciado es siempre más o menos explícita a partir de un grado cero que es lo constatable. Tenemos así, por ejemplo, la expresión “hace calor”, o la interrogación que remite la intención asertiva del interlocutor: “¿hace calor?” Otras expresiones sirven para matizar la afirmación, como: “es probable que...”, “puede ser que...”

Se puede asimismo expresar un juicio objetivo: “yo deseo que...” y este mismo tiene que ver igualmente con tomas de posición enunciativas, es decir, con todo aquello que permite al locutor situarse “metalingüísticamente” en relación con su propio decir o en relación con el decir de otro. Si un cartel está sobre la puerta de un edificio y dice: “Una vez más le pido que cierre la puerta”, no quiere decir: “cierre la puerta una vez más”. Lo mismo sucede cuando se “pide” una frase a otro, en cuyo caso se le denomina discurso indirecto.

Si la corriente enunciativa se interesa por las categorías particulares de la lengua (persona, tiempo, modalidad, etcétera) va constituyendo entonces, poco a poco, el enunciado íntegro y su estructuración de conjunto se convierte en objeto de estudio. Es oportuno indicar que si no hay indicadores ni modalidades en un enunciado, no hay tematización. En la frase “Pedro viene corriendo”, hay alguien que lo dice con un cierto tono, un cierto modo de presentación, y privilegia una indicación; por ejemplo, “que llega”, o bien, “corriendo”.

Todo enunciado tiene sus puntos de referencia y toda enunciación comporta una elección en cuanto a un punto de vista que determinará lo que se tematiza. “Sólo los ejemplos de los gramáticos pueden hacer pensar que las frases son neutras.”

Amén de lo anterior, todo enunciado se sitúa también sobre un cierto registro enunciativo. Para especialistas en el tema como el ya citado Benveniste, hay uno de estos registros que él llama el “registro de la historia en tiempo presente compuesto”, donde los acontecimientos se presentan a sí mismos opuestos al registro del discurso en tiempo pasado compuesto. La corriente enunciativa, así expuesta, constituye poco a poco una verdadera teoría de la producción de enunciados en situación.

El dominio de elección de los lingüistas pragmáticos ha sido particularmente el de los implícitos, el de los actos del lenguaje y de la interacción comunicativa. Ejemplo de implícitos: “Todos los niños de María están de vacaciones.” En esta frase se presupone que María tiene hijos y la verdad de este enunciado condiciona la verdad global que la contiene. La presuposición constituye, pues, un algo que permite decir sin decir; es un procedimiento de implicación del sentido. Otras implicaciones se llaman lexicales, verbigracia: “María se gana bien la vida pero su marido no está celoso.” El locutor, en este caso, esperaba que el marido estuviera celoso.

Ducrot y sus discípulos han hecho finos análisis en este aspecto de partículas del francés, llegando a afirmar la polifonía del enunciado, porque el sentido de un enunciado describe la enunciación como una suerte de diálogo cristalizado donde varias voces se entrecrocán. Por ello, la pragmática confronta distintos niveles de significación: lingüística, referencial y completa, que paso a paso develan el sentido correcto (pragmática-lingüística o pragmática-enunciativa).

En otro orden de cosas, la lingüística parece ser el mejor de los instrumentos para el análisis de textos. Con el fin de examinarla desde este aspecto, hay que deslindar ciertos términos que se utilizan en la práctica de la lengua y están en relación con el lenguaje. Nos referimos a la convención que designa lo que se entiende por frase y por enunciado. Según Ducrot, la frase es una entidad lingüística abstracta, puramente teórica, un conjunto de palabras combinadas según las reglas de la sintaxis pero fuera de toda situación de discurso. Porque lo que produce un locutor, lo que oye un oyente, no es una frase sino el enunciado de una frase.

Cuando el lingüista le atribuye una significación a las frases de la lengua que estudia, cuando aborda su valor semántico, hay que averiguar cómo llega a leerlas, cómo accede a ellas. Es una tarea propia del especialista y Ducrot nos guía. Para algunos, se trata de captar o explicitar y encerrar en fórmulas una "intuición" presente en ellos y que se deja observar cuando se le presta suficiente atención. Si actuando así se repite fielmente lo que se ha aprendido en el diccionario y en las gramáticas, se recibirán los elogios de la gente que sabe del asunto, justamente por la demostración de seguridad mostrada en el conocimiento de la lengua. Pero si el lingüista no recurre al texto, puede llegar a creer que posee una competencia particular fundada en un conocimiento anterior a la significación de las frases y, con ello, espera poder evocar directamente tal conocimiento, recordarle a la conciencia sin tener que estudiar la utilización que se hace de la interpretación de los enunciados, *ergo*, discursos.

Esta posición es severamente cuestionada por Ducrot, quien sostiene que la atribución de un valor semántico a una frase —una de las tareas de la lingüística— no tiene que ver con observación alguna sino con la explicación, porque se trata de atribuir a cada frase una significación que pueda prever el sentido que tendrá su enunciado en tal o cual situación de empleo. Esta postura se ejemplifica mejor cuando ya no se trata de frases sino de palabras, componentes de una frase, en cuyo caso la significación no sabría apoyarse sobre una intuición de la palabra fuera de una situación dada. La hipótesis de Ducrot afirma que la palabra, concebida como una entidad lingüística abstracta, no colabora más que de una manera indirecta al sentido del enunciado. Ello se debe a que cada palabra

no vierte su contenido individual para agregarse al contenido precedente. Esta situación obliga a contar de antemano con una teoría semántica.

La hipótesis de Ducrot se puede aplicar a nuevos enunciados, usos o textos de las frases o las palabras estudiadas. Así como ocurría con el “herrero de Spinoza”, el lingüista puede retrabajar los textos con los propios instrumentos que él mismo ha elaborado. Esta situación lo conduce a imaginar que para ciertos enunciados puedan existir nuevos sentidos deducidos, según la situación del discurso, de las significaciones postuladas por las frases que ellos manifiestan.

Si bien la lingüística enriquece el análisis de los textos sugiriendo lecturas que no aparecen a la primera vez, también puede suceder que los lingüistas encuentren enunciados a los que se les da habitualmente una interpretación imposible de deducir a partir de la significación atribuida a sus frases, constituyendo, así, contraejemplos. Lo que hay que hacer en estos casos, es imaginar procesos interpretativos que permitan vincular la interpretación recalcitrante con la descripción general que se ha propuesto para las entidades lingüísticas realizadas. Para lograr esto, se ha de suponer que ciertos enunciados, o segmentos de los mismos, constituyen un discurso prestado por el locutor empírico a un enunciador ficticio. Es lo que sucede, por ejemplo, en las diversas formas de la ironía cuando el locutor toma el sentido “A” presentando como ridícula la responsabilidad del sentido “B”. Lo mismo parece suceder al estudiar las conjunciones que sirven para encadenar enunciados como “pero” y “por otra parte”.

Asimismo, se han encontrado textos donde la descripción de estos conectores desemboca o conduce a establecer una relación totalmente increíble entre el enunciado precedente y el siguiente. En estos casos, comenta Ducrot, la solución ha consistido en postular que, en ocasiones, el locutor hace alusión a elementos semánticos que no están testificados en el discurso, como lo puede ser una reacción psicológica que afecte ya sea al propio locutor o a un destinatario.

En cuanto al tema del aporte de la lingüística al análisis de textos, Ducrot opina que la descripción lingüística de una frase implica que el sentido de sus enunciados es diferente según la situación del discurso e, inclusive, que hay múltiples posibles lecturas de un de-

terminado enunciado, pues pertenece al significado pedir la especificación de las variables argumentativas y la determinación de aquellos elementos que el lenguaje lógico-matemático denomina como los “P” (sujeto) y los “Q” (predicado). Luego entonces, es la invención semántica lo que constituye el principal aporte de la lingüística al análisis del discurso.

Luego de haber seguido el desarrollo de algunas de las ideas de Oswald Ducrot, se puede aseverar que la significación de la frase no debe ser confundida con un “sentido literal” (que se encontraría idéntico a sí mismo en el sentido de los enunciados). La frase solamente dice lo que hay que hacer para descubrir tal sentido.

Ahora bien, ¿hay alguna diferencia entre la situación de la lingüística y otras investigaciones empíricas? En este campo, los hechos que se tienen en cuenta por medio de hipótesis internas incorporan siempre una buena cantidad de hipótesis externas —acumuladas en el curso del desarrollo anterior de la ciencia— mismas que, a su vez, han sido también hipótesis internas destinadas a explicar otros hechos. No obstante, la mayor parte de las investigaciones empíricas se imponen una regla que la semántica lingüística es incapaz de seguir, pues exigen que las hipótesis externas tengan justificaciones independientes de las hipótesis internas. En otras palabras, si aquel elemento que elabora la conclusión de un fenómeno es justamente la misma hipótesis, entonces resulta que se anuncia lo mismo que se quiere confirmar, lo que no nos lleva a ningún lado.

En *Les mots du discours*, Ducrot plantea una de estas hipótesis externas —la concepción enunciativa del sentido— que hace precisamente la distinción entre la pareja locutor-alocutario y enunciadordestinatario. En esta exposición, Ducrot señala una idea central: distinguir en la descripción de la enunciación —que constituye el sentido del enunciado— al autor de las palabras (el locutor); a los agentes de los actos ilocucionarios (los enunciadores); al ser a quien son dirigidas las palabras (alocutarios) y, finalmente, a aquellos que resultan los pacientes de los actos (los destinatarios).

La más general de las hipótesis de Ducrot es un principio general que, a la sazón, postula que el pensamiento de otro es constitutivo del mío y es imposible separarlos radicalmente. Si bien esta idea re-basa, en sentido estricto, el cuadro lingüístico, dirige, no obstante, todo discurso distinguiéndolo del razonamiento lógico.

Esta conclusión queda abierta a una interpretación polifónica que Ducrot explica de la siguiente manera: si el acto ilocucionario de aserción, por medio del cual se caracteriza la enunciación, es atribuido a un personaje diferente del locutor —“L”—, entonces el destinatario de este acto puede ser diferente, a su vez, del alocutario e identificado con “L” misma. No se trata de afirmar que “L” ha previsto, por ejemplo, “el mejoramiento del tiempo”, sino de presentar la enunciación como una aserción de “L”, que es el enunciador, y de poner en escena, por así decir, una obra de teatro en la que “L” hace el papel de enunciador. De esta manera, “L” se borra detrás de “L” (más o menos en el mismo sentido en que Molière se ocultaba detrás de su personaje Alceste, dejándolo hablar).

El objetivo de tal “juego” de personajes, no es otro —según Ducrot— que constatar el hecho de que en un discurso se pueden sacar las conclusiones de una aserción que no ha sido tomada en cuenta y que, por lo mismo, se ha distanciado, al hacer responsable a un enunciador ajeno.

Como ilustración lingüística de la utilidad del concepto de polifonía —noción que se erige como el tema central de la teoría general de la enunciación—, Ducrot describe la oposición entre las conjunciones francesas *puisque* et *car*, es decir, “porque” y “pues”.

Significar en un enunciado equivale a orientar. Luego entonces, la lengua, en la medida en que contribuye en un primer lugar a determinar el sentido de los enunciados, adquiere un lugar privilegiado pues es allí donde se elabora la argumentación, esto es, que tiene dos enunciados por lo menos: “E1” y “E2”. El primero es el argumento que justifica e impone mientras que el segundo es la conclusión.

Así, con el fin de ilustrar el uso del concepto de polifonía, Ducrot ejemplifica de la siguiente manera:

E1: —“Salgamos porque hace buen tiempo.”

E2: —“Salgamos pues hace buen tiempo.”

O bien:

E1: —“Salgamos.”

E2: —“Hace buen tiempo.”

La base, pues, de la argumentación —siguiendo a Ducrot— es el acto mismo de argumentar, cuestión que nos conduce a la definición “ser argumentativamente más fuerte u opuesto”. Así por ejemplo: “el barril está casi lleno” *versus* “el barril está lleno”. Si bien ambas frases son argumentativas, resultan, al mismo tiempo, opuestas por la conclusión. Otros autores, sin embargo —como Lacombe—, niegan la posibilidad de ejemplificar estas ideas de oposición.

En síntesis, todo enunciado, independientemente de que sirva o no de premisa en una argumentación, sirve de base para el acto de argumentar, tomando parte del sentido mismo de la argumentación. Así, el acto de argumentar, como todo acto ilocutorio, se realiza en y por un enunciado único. El proceso discursivo de la argumentación —que consiste en encadenar enunciados-argumentos y enunciados-conclusiones— tiene él mismo, como un acto previo, una acción de argumentar.

Otra observación más al respecto: las argumentaciones efectivamente realizadas en el discurso reposan sobre lugares comunes o reglas de verosimilitud, algunas de las cuales son de naturaleza argumentativa pues determinan la validez de los argumentos.

Recapitulando: los estudios sobre la polifonía de los argumentos permiten concluir que ésta no sólo no empobrece el análisis de textos (cuestión que sí se produciría al calificar sistemáticamente de anormales los enunciados comprensibles únicamente por polifonía) sino que, por el contrario, suministra a la lengua un aporte positivo al sugerir explotar todas las posibilidades de lectura ofrecidas por las múltiples identificaciones imaginables para los diferentes enunciadorees o destinatarios.

En otra de sus ideas, Ducrot afirma que la informatividad es precedida por la argumentatividad. Esto es: existe una disparidad entre las informaciones transmitidas por un enunciado y las posibilidades de empleo en una argumentación. Sin embargo, en un gran número de casos, se puede justificar la reducción de lo aparentemente informativo a lo fundamentalmente argumentativo.

En enunciados como los de “Pedro es inteligente”, “este hotel es bueno” o “este acto es voluntario”, se ha discutido, desde la perspectiva filosófica, el carácter descriptivo que los caracteriza. Especialistas como Peter Geach llaman a esta posición “adscriptivismo”. Para este tipo de teóricos, el valor descriptivo de los enunciados no deja

de ser ilusorio y no tiene más función que cumplir un acto de elogio o insulto que está dado en el origen del juicio de valor y no en la atribución de una propiedad intrínseca al objeto. De aquí que resulta absurdo declarar verdaderos o falsos tales enunciados; de la misma manera resultaría calificar a enunciados como: “yo censuro”, “yo felicito” o “yo insulto”.

Así, lo que aparentemente es una clase de enunciado informativo, resulta ser, para los adscriptivistas, básicamente argumentativo. Aún más: lo informativo viene siendo un derivado delocutivo de lo argumentativo.

A fin de cuentas, lo que Ducrot quiere demostrar es que los encadenamientos argumentativos posibles en un discurso no están ligados a los polos informacionales que ellos vehiculan sino a la estructura lingüística de los enunciados. Por esto, ligar o relacionar las posibilidades de encadenamientos argumentativos, justifica de por sí un estudio de la lengua. Lo contrario significaría abandonarla a una retórica extralingüística.

En cuanto al tema de la diferencia entre “inferir” y “argumentar” —propio del campo de la filosofía inglesa del lenguaje, la cual sostiene que la descripción de una lengua se hace en la misma lengua ordinaria—, Ducrot entiende que inferir es un acto del lenguaje cuyo cumplimiento implica la producción de un enunciado. Por ejemplo: el locutor “L” de un enunciado “E” infiere cuando al mismo tiempo que enuncia “E”, hace referencia a un hecho preciso, ya que presenta como punto de partida una duración que termina en el propio “E”. Esta concepción del acto de inferir permite distinguirlo del acto de informar.

En cuanto a la “argumentación”, Ducrot sostiene que las investigaciones sobre la función lingüística de la misma han conducido, luego de cierto tiempo, a introducir una teoría de la argumentación en la teoría general de la enunciación, cuyo tema central es la noción de polifonía. “Cuando hablo de argumentación —comenta Ducrot— me refiero siempre a discursos que portan por lo menos dos enunciados, de los cuales uno es dado para autorizar, justificar e imponerse al otro. El primero es el argumento, el segundo la conclusión.”⁵

⁵ O. Ducrot, en J. C. Anscombe y O. Ducrot, *L'argumentation dans la langue*, Bruselas, Pierre Mardaga, 1988.

Estos temas, entre otros, nos permiten tener vía de acceso a la problemática de la teoría lingüística así como a algunas de las tendencias actuales de esta disciplina.

Finalmente, una última consideración acerca de la temática lingüística: su relación con la comunicación y los medios. Si bien fundadora de las ciencias del lenguaje —en los aspectos fonético, sintáctico, semántico y pragmático—, la lingüística había dejado de lado, durante cierto tiempo, la importancia de los factores socioculturales en el desarrollo de la disciplina.

En la actualidad, algunas corrientes lingüísticas han decidido atender no sólo la realidad política sino también las áreas que se relacionan con ella, como el poder, la publicidad y la propaganda, entre otros. Asimismo, la función de los medios de comunicación ha despertado el interés por la acción de la palabra en función mediática. Esto supone un nuevo concepto de la comunicación que no se limita ya más a la relación entre un emisor y un receptor por la vía de un canal, sino que ahora asigna a sus actividades un valor estratégico. De esta manera, los términos se han invertido al adquirir los hechos de la lengua una creciente importancia en el ejercicio de las prácticas comunicativas, de la comunicación.

Ejemplos de esta resonancia se pueden encontrar en las investigaciones que se realizan sobre los medios. Aunque los objetivos sean diferentes, es innegable que el ejercicio de los medios requiere del conocimiento de la lengua y sus destrezas retóricas, con el fin de acrecentar la mentalidad democrática.

Los medios de información —considerados como objeto de la lingüística— se inscriben en una problemática semi-discursiva. “Semio”, porque el sentido que se va construyendo pasa por una categorización de formas (secuencias de palabras y su arreglo o disposición), mismas que son algo más que simples trazos transparentes de un cierto contenido —como lo considera alguna de las ramas de la sociología y ciertas teorías sobre análisis de contenido—. “Discursivo”, porque estas categorías de forma y sentido no son las del sistema de la lengua, sino las del uso que regula la combinación, la contextualización y la intertextualización de acuerdo con las condiciones en que se producen.

Si los lingüistas se ocupan casi exclusivamente del sentido de la lengua fuera de situaciones inmediatas y de contextos singulares y

bien definidos, ello se debe a que no están directamente incluidos e involucrados en los problemas de la referencia. Sin embargo, la pregunta sobre el sentido no se agota con la reflexión sino que, además, tiene que enfrentarse con los usos. Puede darse el caso de que no haya verdad del sentido, más sí la habrá de los usos. Un claro testimonio de la existencia de los “varios” usos que cada palabra tiene, así como de la diversidad de referentes —científicos o sociales— es la presencia del diccionario. Pero esta presencia de los usos debe ser confrontada con la de las creencias. Es precisamente aquí donde los análisis lingüísticos se estrellan contra la realidad, pues para saber si existen normas en la sociedad hay que consultarlas primero para luego explorar su inmensa variedad.

Otra de las especialistas en las ciencias del lenguaje, Simone Bonnafous, nos ejemplifica al respecto al cuestionarse: “¿Cómo dice una sociedad su propia crisis?” “¿Cuál es el estatuto de la oposición, en una alocución televisada?” O bien: “¿Decir *la raza* presupone la existencia de la misma?”⁶

A estas preguntas hay que agregar otra disyuntiva: la imagen televisada. Para ciertos investigadores lo esencial del mensaje no reside en un lenguaje verbal, sino visual. De manera que el discurso no verbal es una pieza insoslayable de los medios de información y comunicación, mas no así de las ciencias del lenguaje.

Dicho de otra manera: parte de las ciencias del lenguaje estudia los fenómenos de la comunicación (de aquellos que se ocupan de la enunciación y la pragmática), al tiempo que otra parte se dedica a la economía de los medios (la sociología de los profesionales, los análisis de la recepción y la audiencia, el estudio de los públicos, etcétera).

Concluyendo: ¿a quién pertenece el discurso de los medios? ¿A las ciencias del lenguaje o a las ciencias de la información y la comunicación? La respuesta a estas preguntas nos lleva a comprender que los medios son sujeto de análisis de ambas disciplinas. De la lingüística, en tanto son objeto de la lengua que testimonia los diversos sistemas de significación social. De las ciencias de la información y la comunicación en tanto participan del conjunto de los medios de transacción social que aseguran, en el interior de las comunidades, las vías para comunicarnos e informarnos.

⁶ Simone Bonnafous, “Est-ce que dire la race en présuppose l’existence?” en *Mots*, núm. titulado “Distinction de... race”, París, Presses de la FNSP, diciembre de 1992.